

SAN SIMÓN Y SAN JUDAS

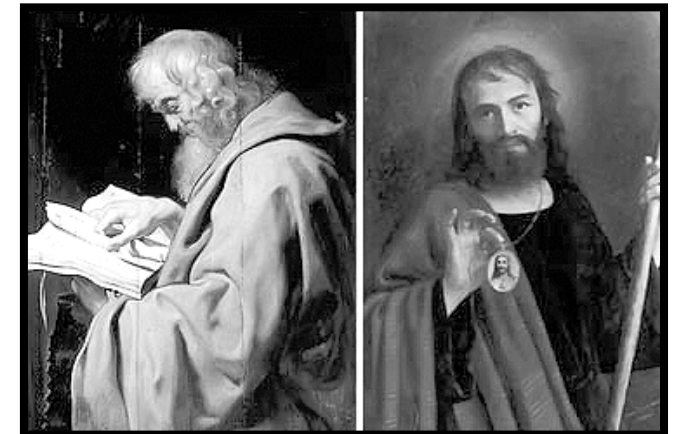
(SIGLO I)

APÓSTOLES

Celebra la Iglesia en el mismo día la festividad de estos dos santos Apóstoles, y no sin razón. Asociados están en las listas evangélicas que traen los nombres de los miembros del Colegio Apostólico, y juntos trabajaron en la viña del Señor en los postreros años de su laborioso apostolado. Juntos colaboraron en la conversión de las Persas y, probablemente, el mismo día ciñeron la gloriosa corona del martirio, en la misma Persia o en Armenia. Muy natural parece, pues, que tampoco la Iglesia los separe de su liturgia, y que ofrezca a ambos el culto correspondiente en el aniversario de su nacimiento para el cielo. Los fieles gustan de invocarlos por separado, debido a diferentes motivos y circunstancias, por cuanto la devoción de los fieles ha asignado, en el correr de los siglos, un poder especial de intercesión a cada uno.

Poquísimas noticias hallamos en el *Evangelio* y en los *Hechos de los Apóstoles* referentes a nuestros dos Santos, y a ellas hemos de atenernos a lo largo de esta biografía.

San Simón es, de los Doce, del que menos sabemos. Dícese que compuso el décimo artículo del Símbolo de los Apóstoles: “*Creo en el perdón de los pecados.*” No podemos afirmar con absoluta certidumbre cuál fue su campo de apostolado. Según la tradición que el Breviario romano acoge, predicó en Egipto y en Cirene, y, más tarde, asociado a **San Judas**, en Mesopotamia y



16 Estos son murmuradores, querellosos, que viven según sus pasiones, cuya boca habla con soberbia, que por interés fingen admirar a las personas.

17 Pero vosotros, carísimos, acordaos de lo predicho por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo.

18 Ellos os decían que a lo último del tiempo habría mofadores que se irían tras sus impíos deseos.

19 Estos son los que fomentan las discordias; hombres animales, sin espíritu.

20 Pero vosotros, carísimos, edificándoos por vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo,

21 conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para la vida eterna,

22 Cuanto a aquéllos, a unos reprendedlos, pues que todavía vacilan;

23 a otros salvadlos, arrancándolos del fuego; de los otros compadeceos con temor, execrando hasta la túnica contaminada por su carne.

24 A aquel que puede guardaros sin pecado y haceros ante su gloria irreprehensibles con alegría,

25 el solo Dios, salvador nuestro, por Jesucristo nuestro Señor, sea la gloria, la magnificencia, el imperio y la potestad desde antes de los siglos, ahora y por todos los siglos.

Amén. ●

8 También éstos, dejándose llevar de sus delirios, manchan su carne, menosprecian la autoridad y blasfeman de las dignidades.

9 El arcángel Miguel, cuando altercaba con el diablo conteniendo sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir un juicio de blasfemia, sino que dijo: “Que el Señor te reprenda.”

10 Pero éstos blasfeman de cuanto ignoran; y aun en lo que naturalmente, como brutos irracionales, conocen, en eso mismo se corrompen.

11 ¡Ay de ellos, que han seguido la senda de Caín y se dejaron seducir del error de Balam por la recompensa y perecieron en la rebelión de Coré!

12 Estos son deshonra de vuestros ágapes; banquetean con vosotros sin vergüenza, apacentándose a sí mismos; son nubes sin agua, arrastradas por los vientos; árboles tardíos sin fruto, dos veces muertos, desarraigados;

13 olas bravas del mar, que arrojan la espuma de sus impurezas; astros errantes, a los cuales está reservado el orco tenebroso para siempre.

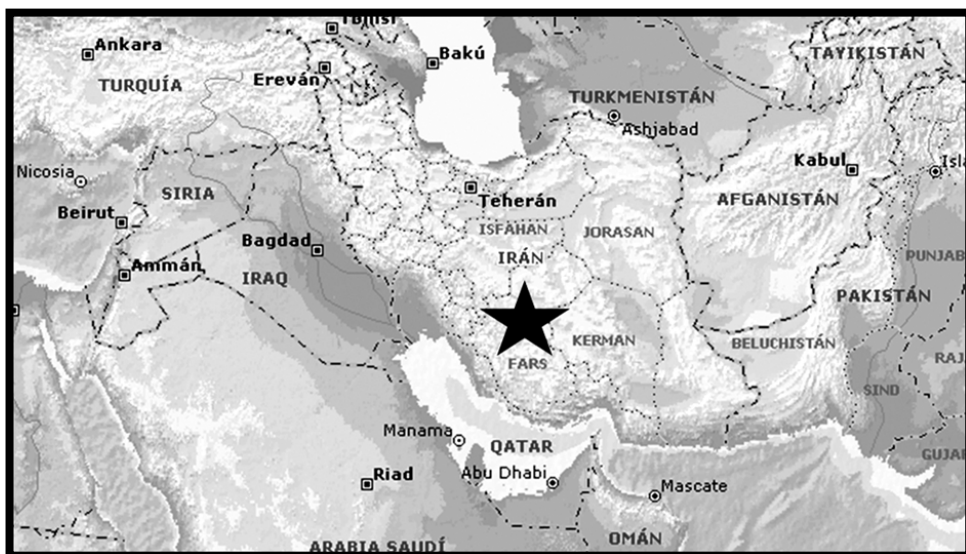
14 De ellos también profetizó el séptimo desde Adán, Henoc, cuando dijo: “He aquí que viene el Señor con sus santas miríadas

15 para ejercer un juicio contra todos y convencer a todos los impíos de todas las impiedades que cometieron y de todas las crudezas que contra El hablaron los pecadores impíos.”

en Persia, donde, según hemos dicho, conquistó la corona de mártir. Autores hay que lo presentan embarcándose en uno de los puertos africanos para la Gran Bretaña, antes de pasar al Asia; mas para los Bolandistas, es pura leyenda tal evangelización.

El Evangelio junta el nombre de **Simón** con el de Judas, a quien **San Mateo y San Marcos** llaman “*Tadeo*”, esto es: “*hombre intrépido o animoso*”. Opinan algunos exegetas que el apóstol **Simón** es aquel de quien hace referencia **San Mateo** cuando dice (XIII, 55): “*¿No son sus parientes (de Jesús) Santiago, José, Simón y Judas?*” En este caso sería primo de **Nuestro Señor** y hermano de **Santiago** el Menor y de **San Judas**; tal parentesco nos parece, sin embargo, dudoso.

Aspecto actual de la antigua región de Persia.



SAN JUDAS, PRIMO DEL SEÑOR

Se Conoce a este santo Apóstol con varios nombres; el de **Judas** es el verdadero. Para distinguirlo de su homónimo, el traidor, **San Lucas** lo nombra de esta manera: “*Judas, hermano de Santiago*”; y **San Juan** de esta otra: “*Judas, no el Iscariote*” (XIV, 22). **San Mateo y San Marcos** no lo conocen más que por el de **Tadeo**, y en muchos manuscritos griegos se lee: “*Lebeo, llamado Tadeo*”; a lo que parece, *Lebeo* estaría en el original de **San Mateo**; estos dos sobrenombres vienen a ser sinónimos en lengua hebrea, y dicen tanto como “*hombre sabio y generoso*”. Con esto se ve las claras que los Evangelistas quisieron evitar que hubiese confusión entre este santo Apóstol y el prevaricador, **Judas Iscariote**. Por esta causa,

EPÍSTOLA DE SAN JUDAS

1 Judas, siervo de Jesucristo y hermano de Santiago, a los amados en Dios Padre, llamados y conservados en Jesucristo

2 la misericordia, la paz y la caridad abunden más y más en vosotros.

3 Carísimos, deseando vivamente escribiros acerca de nuestra común salud, he sentido la necesidad de hacerlo, exhortándoos a combatir por la fe, que, una vez para siempre, ha sido dada a los santos.

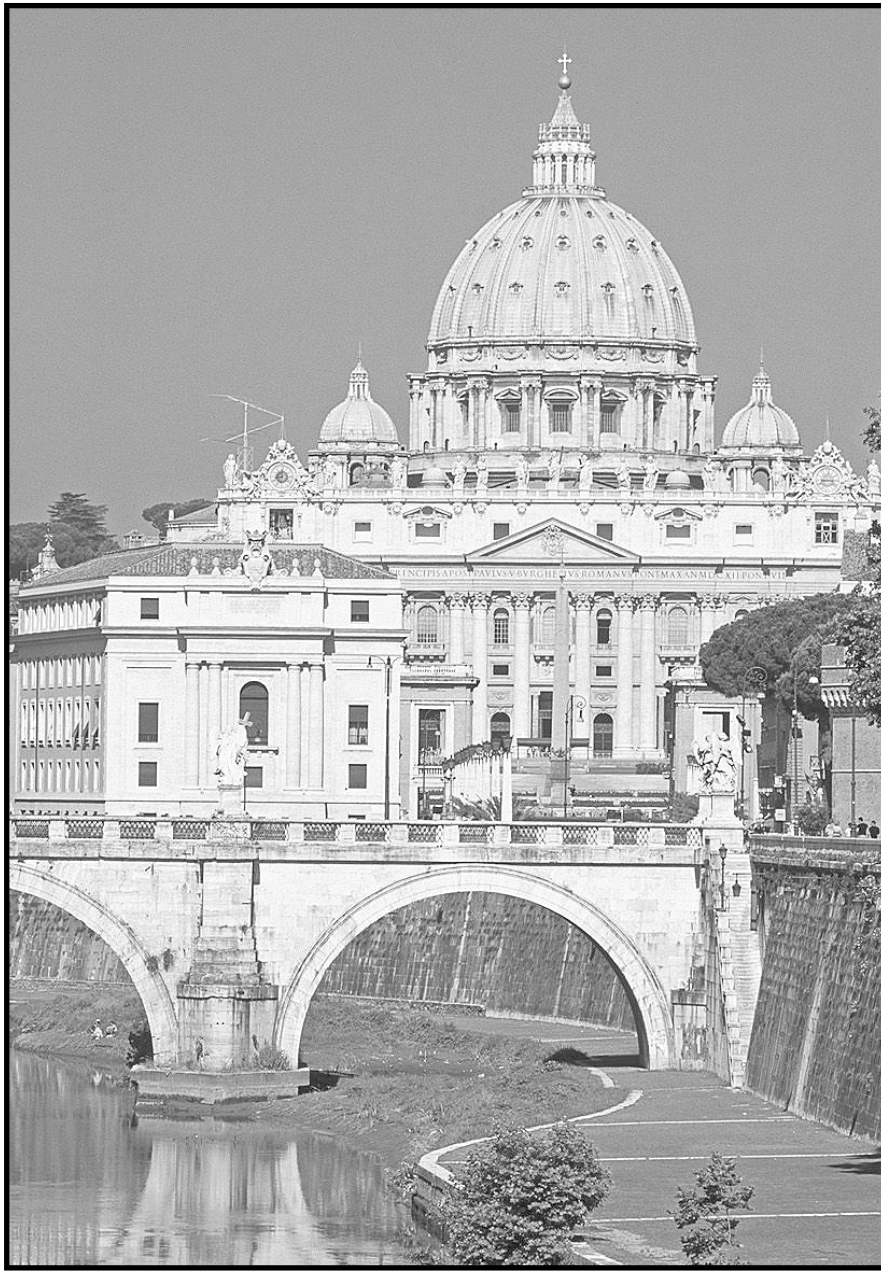
4 Porque disimuladamente se han introducido algunos impíos, ya desde antiguo señalados para esta condenación, que convierten en lascivia la gracia de nuestro Dios y niegan al único Dueño y Señor nuestro, Jesucristo.

5 Quiero recordaros a vosotros que ya habéis conocido todas las cosas, cómo el Señor, después de salvar de Egipto a su pueblo, hizo luego perecer a los incrédulos;

6 y cómo a los ángeles que no guardaron su dignidad y abandonaron su propio domicilio, los tiene reservados en perpetua prisión, en el orco, para el juicio del gran día.

7 Cómo Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, que, de igual modo que ellas, habían fornicado, yéndose tras los vicios contra naturaleza, fueron puestas para escarmiento, sufriendo la pena del fuego perdurable.





Basílica de San Pedro, Roma.

añadieron un determinativo al nombre que llevaba al entrar en el Colegio apostólico. Si hemos de dar crédito a las *Actas de Tadeo*, obra apócrifa de los primeros siglos, el nombre de **Tadeo** le fue dado por el santo Precursor cuando le bautizó. Según una obra griega del siglo V, **San Judas** es uno de los setenta y dos discípulos, llamado **Tadeo o Adai**.

Sea de ello lo que fuere, es cierto que este gloriosísimo Apóstol era hijo de **Cleofás o Alfeo** -hermano del bendito patriarca **San José**- y de **María**, hermana o parienta próxima de **Nuestra Señora la Madre de Dios**. Hermanos suyos, y primos hermanos de Jesucristo, eran **Santiago el Menor**, primer obispo de Jerusalén, **José y Simón**. El Evangelio de **San Mateo** los llama “hermanos” del **Señor**, pero hay que saber que entre los hebreos tiene esta palabra un significado muy amplio y puede referirse a grados de parentesco bastante lejanos. Lo cierto es que **San Judas y Santiago el Menor** eran parientes lejanos del Salvador y descendientes de la real familia de **David**.

Durante la persecución de **Domiciano**, se lucieron pesquisas para hallar a los descendientes de **San Judas**, porque pertenecían a la familia del Cristo o ungido: así lo consignan los historiadores **Eusebio y Hegesipo**. Por último los dejaron en paz, pues, aunque descendiesen de sangre real, no los consideraron peligrosos para el imperio romano.

Antes de seguir a **Cristo**, era **San Judas** un honrado labriego, según se lee en un escrito de los siglos IV o V, intitulado *Constituciones Apostólicas*:

“¿Que no haya nadie ocioso entre los flejes? -dice-. Que si alguno no quiere trabajar, que no coma. **Pedro** y demás Apóstoles fueron pescadores; **Judas**, hermano de **Santiago**, fue agricultor.” Estaba casado y tuvo dos hijos; de sus descendientes trata **Hegesipo**, historiador de mediados del siglo II.



El Rey David

EN POS DEL MAESTRO. ULTIMA CENA DEL SEÑOR

En ningún pasaje de los Evangelios hallamos cuándo y cómo fue llamado **San Judas** al apostolado, y lo mismo podemos decir de sus hermanos. Este silencio ha sido interpretado por algunos autores de la siguiente manera: Los escritores sagrados creyeron ocioso hablar de lo que todos sabían, porque era muy natural que las frecuentes relaciones de los hijos de **Cleofás** con **Jesús**, desde mucho tiempo sostenidas, hiciesen de ellos los primeros discípulos del Salvador.

Los evangelistas **San Mateo** y **San Marcos** dan a **San Judas** el décimo lugar entre los miembros del sacro Colegio y le nombran antes que a **Simón**; **San Lucas**, por el contrario, le asigna el penúltimo lugar y lo menciona antes del prevaricador. En estas listas, como en la del Canon de la misa, van siempre juntos los nombres de los santos apóstoles **Simón** y **Judas**, sin que se sepa de fijo por qué.

El primo hermano del Señor siguió a éste constantemente en sus correrías apostólicas, pero no se hace mención de él hasta la noche de la Cena, mientras pronunciaba **Jesús** su admirable sermón. Entremos en el Cenáculo y oigamos al **Divino Maestro**. Acaba de prometer a sus discípulos su propia asistencia y presencia, juntamente con la del **Padre** y la del **Espíritu Santo**. El mismo permanecerá con ellos; el mundo no le verá, porque su vida será espiritual, pero sus discípulos sí le verán, porque vivirán esa misma vida espiritual, y entonces conocerán el secreto de esa unión con el **Padre**: “*Conoceréis -dice- que Yo estoy en mi Padre, y que vosotros estáis en Mí, y Yo en vosotros*”; pero esta unión no será tan sólo por la fe, sino principalmente por la caridad: “*Quien ha recibido mis mandamientos y los observa, ése es el que me ama. Y el que me ama será amado de mi Padre, y Yo le amaré, y Yo mismo me manifestaré a él*” (Juan, XIV, 21).

Aun cuando **Jesús** era muy claro en sus exposiciones, tropezaban éstas con la natural rudeza de sus discípulos, acostumbrados, por otra parte, al criterio tradicional del pueblo.

Así, pues, se quedó muy extraño y sorprendido el bienaventurado primo del Señor, porque tanto él como los demás discípulos y todos los judíos, creían que el Mesías se presentaría con gran pompa y majestad, que iría de triunfo en triunfo conquistando todos los pueblos, y, por último, que todos vendrían a postrarse rendidos a sus pies. Y así, se tomó licencia de preguntar a **Jesús**: “*Señor, ¿qué causa hay para que te hayas de manifestar a nosotros y no al mundo?*” A lo que respondió el **Divino Maestro**: “*Cualquiera que me ama observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él*” (Juan, XIV, 23). Con palabras tan explícitas, quiso **Jesús** darle a entender que el Señor se manifiesta con luces interiores a las almas que le aman y guardan su palabra: entonces vienen; ellas las tres personas de la **Santísima Trinidad**, y en ellas establecen su morada permanente. Pero el mundo no ama a **Jesús**; de por sí es esencialmente enemigo de **Dios** y le aborrece; de ahí que **Jesús** no se puede manifestar a él, porque el amor es condición necesaria para que venga **Dios** al alma.

A nadie excluye de su reino el Señor, mas para entrar en él es necesario llevar el vestido nupcial de la ca-

mas. Mas se les acercaba la hora de ir a recibir el premio prometido por el divino Maestro a los siervos buenos, a los testigos fieles de su misión divina.

MARTIRIO DE LOS DOS APÓSTOLES

Si hemos de dar fe a las Actas apócrifas, ya mencionadas, su martirio se verificó de la siguiente manera: Llegado que hubieron a la ciudad de Suanir, dos magos, sacerdotes del Sol y de la Luna, amotinaron al populacho contra ellos con engaños y calumnias, y casi arrastrando llevaron a **Simón** al templo del Sol, y a **Judas Tadeo** al de la Luna para que adorasen a los ídolos. Ellos se negaron, como no podía menos de suceder; hicieron oración, y para probar a los idólatras que **Jesucristo** era el único verdadero **Dios** mandaron a los demonios que saliesen de las estatuas y del templo. Al punto sobrevino un terremoto, cayeron los ídolos y se hicieron añicos.

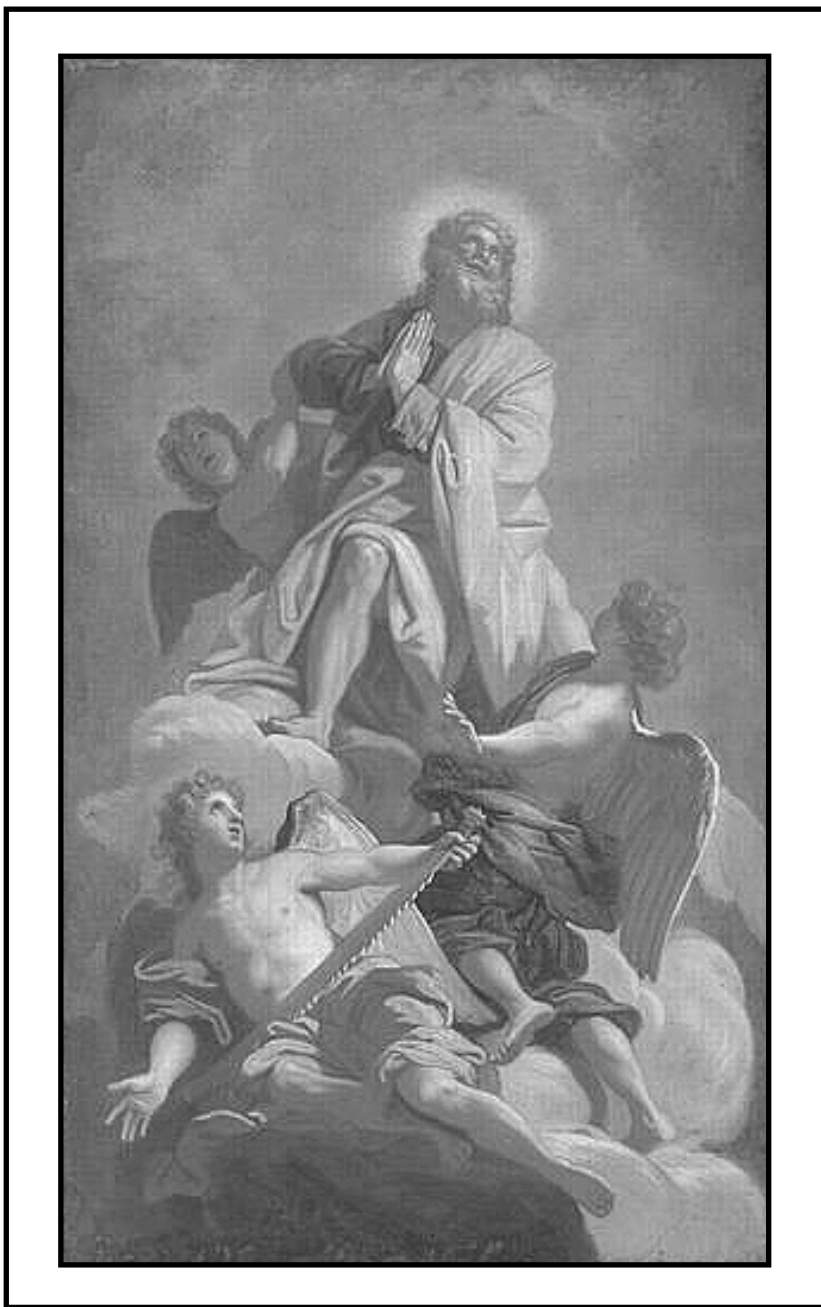
Fue tan grande la saña que recibieron de esto los sacerdotes y el populacho, que arremetieron contra los Santos con ímpetu y furor, y los despedazaron. Es tradición que a **San Simón** le aserraron el cuerpo por la mitad, y de ahí el que en la iconografía cristiana se le represente con una sierra en la mano. En cuanto al santo primo del Señor, parece que fue crucificado y luego muerto a flechazos y golpes de clava. Ordinariamente se le

representa con una cruz invertida, o también con una lanza o machete, y una clava; a veces lleva una imagen de **Jesucristo**.

No se conoce el año de su martirio, pero ciertamente fue antes de la persecución de **Domiciano**. El Martirologio romano fija su nacimiento para el cielo a 28 de octubre.

Cuenta la historia de **Abdías**, primer obispo de Babilonia, que el rey de esta ciudad, que era cristiano, en sabiendo la muerte de los santos Apóstoles, hizo llevar sus sagrados cuerpos a la capital, y les edificó un suntuoso templo, donde estuvieron hasta que fueron trasladados a Roma, probablemente cuando los mahometanos conquistaron a Persia. Hoy día se veneran en la basílica de San Pedro.

San Judas Tadeo es patrono de Magdeburgo y de otras localidades. A **San Simón** le toman por protector de aserradores; y en Auvernia (Francia) es patrono de los zurradores, lo que se debe a la homonimia de su nombre con el del zurrador de Jope, que hospedó en su casa al Príncipe de los Apóstoles. A **San Judas** se le invoca sobre todo en casos urgentes y desesperados; patrocinio extraño del que se han dado muchas y encontradas explicaciones; una de las más aceptables es la oportunidad inesperada con que él y su compañero sacaron de crítica situación al ejército de **Baradac**.



San Simón. En la iconografía cristiana se le representa tradicionalmente con una sierra en la mano.

ridad divina. Son de alabar los deseos **San Judas** de que la gloria de **Jesucristo** brille como el sol esplendente en mundo entero y su reino se extienda a toda la gran familia humana; esta gloria no es visible ni es eficaz más que para los justos, para los son discípulos del **Salvador** en espíritu y en verdad, para los que le manifiestan su amor con la práctica de su doctrina y de sus mandamientos.

TRABAJOS APOSTÓLICOS

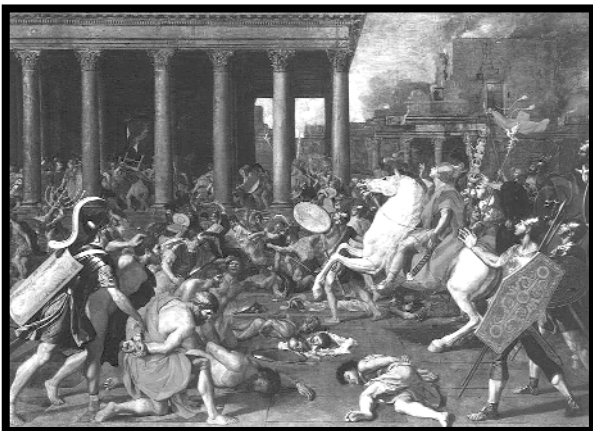
Los autores eclesiásticos difieren bastante al transcribimos las tradiciones referentes a la vida y al apostolado de **San Judas**. Según **Nicéforo Calixto**, debió de empezar sembrando la semilla evangélica en Judea, Samaria e Idumea. Otros dicen que predicó primero en África, y siguió después basta la Libia; pero los más escriben que fue Mesopotamia su primer campo de apostolado, y que después del martirio de **Santiago** volvió a Jerusalén. Según **San Agustín**, este bienaventurado apóstol formuló el undécimo artículo del Credo: “*Creo en la resurrección de la carne*”. Es de creer que después de haber recibido el Espíritu Santo, evangelizaría las comarcas o países vecinos de los que eran adoctrinados por el Príncipe de los Apóstoles, por cuanto en su epístola canónica combate **San Judas** a los mismos herejes que en su segunda epístola delata **San Pedro**. El Martiro-

logio romano y el Breviario dicen que predicó el Evangelio en Mesopotamia, De allí, obedeciendo al impulso de su celo, se fue juntamente con **San Simón** a llevar la buena nueva al país de los persas.

LA EPÍSTOLA DE SAN JUDAS

No se limitó nuestro bienaventurado Apóstol a la enseñanza oral del Evangelio, se valió también de la pluma para afianzar la santa doctrina. Entre las epístolas canónicas figura una, la última, que lleva el nombre de “*Judas, siervo de Cristo y hermano de Santiago*”. Pertenece al grupo de las católicas, por haberla dirigido, no a una Iglesia particular, sino a todas en general; en ella habla especialmente a los judíos convertidos.

Debió de escribirla antes de su ida a Persia y también antes de la destrucción de Jerusalén por los romanos, pues no hace en ella alusión alguna a ese terrible castigo que, dado el texto de la misma y su objeto, hubiera mencionado necesariamente si hubiera acaecido ya cuando **San Judas** escribía. Se supone que la expediría probablemente hacia el año 70. Se tradujo al latín en el siglo II y la citan repetidas veces los escritores eclesiásticos más antiguos, como **Tertuliano**, **Clemente de Alejandría** y otros. En la Iglesia romana y en la africana fue considerada como escrito divinamente inspirado. Dirigió a las Iglesias de



Destrucción de Templo Jerusalén

su jurisdicción y a otras por las que tenía especial interés. En ella exhorta a los nuevos judíos conversos a combatir valerosamente por la fe. Les advierte que se guarden de ciertos hombres impíos o falsos doctores que se han entrometido con disimulo en la grey del Señor, y cambian la libertad que **Dios** nos da en desenfrenada licencia. A ejemplo de Sodoma y de Camorra, se entregan al pecado nefando, reniegan de **Jesucristo**; nuestro único soberano y Señor, desprecian a la autoridad, blasfeman contra la majestad, se muestran altaneros, vomitan de su boca injurias hablando de cosas que no entienden...; y así prosigue desenmascarando a los impostores que el mismo divino Maestro anunciara. Estos herejes, meteoros errantes, nubes sin agua, árboles otoñales e infructuosos, recibirán su castigo; **Dios** los confundirá como hizo con otros antepasados, según refieren el Anti-

guo Testamento y las tradiciones judaicas.

Por esta epístola hemos llegado a conocer un interesante pormenor que no consta en ninguno de los demás libros inspirados; y es que, como el demonio pretendiera apoderarse del cuerpo de **Moisés**, de cuyo sepulcro encargara el Señor a **San Miguel**, se lo impidió el santo arcángel al tiempo que decía aquellas palabras

qué diariamente repiten los sacerdotes al final de la Misa: “¡Reprímate Dios!”

Esta epístola es, ante todo, una exhortación moral y no un tratado doctrinal. Sin embargo, encierra las verdades fundamentales de la fe cristiana, a saber: necesidad de creer en el Evangelio y en **Jesucristo** para salvarse, de guardar los mandamientos, y de no seguir las doctrinas y ejemplos de hombres corrompidos y perversos.

EVANGELIZACIÓN DE BABILONIA Y PERSIA

Comúnmente se cree que los dos santos apóstoles **Simón** y **Judas** se encontraron, en Persia. Allí trajeron juntos gran muchedumbre de pueblos al Señor, acudiendo **Dios** en su auxilio con muy señalados milagros; juntos también fueron coronados por el martirio. De su apostolado y de su

muerte se leen detalles más o menos auténticos en un escrito del siglo VI, intitulado *Historias Apostólicas*, que viene a ser una recopilación de leyendas referentes a los Apóstoles. Algunas tienen sabor antiguo, y, aunque apócrifas, no dejan de contener cosas verdaderas. La leyenda de **San Simón** y **San Judas** habla de un tal **Abdías**, hebreo, y compañero de los dos Apóstoles, a quien éstos consagraron obispo de Babilonia, y que luego escribió los prodigiosos trabajos que realizaron los dos Santos en el reino de Persia. Según el falso **Abdías**, los misioneros evangélicos entraron en Persia cuando **Baradac**, general de los ejércitos babilónicos, salía en guerra contra los indios invasores. Quiso **Baradac** saber de sus dioses el fin que había de tener la empresa; consultó, al efecto, a los sacerdotes paganos, adivinos y magos que le acompañaban, mas fue en vano, porque luego que llegaron al campamento persa los santos Apóstoles, enmudecieron los demonios que antes daban respuestas a los magos y adivinos. Maravillado de esto, quiso saber la causa, la cual, según declaró un ídolo muy venerado, no era otra que la presencia de los dos extranjeros recién llegados, y añadió ser tan formidable el poder de esos hombres de **Dios** que ningún demonio podía hablar en su presencia.

Mandó **Baradac** traer a los santos Apóstoles, pero se convenció de

que eran hombres de bien. Dieron éstos licencia a los demonios para que respondiesen, y, por boca de sus ministros, aseguraron que la guerra sería larga y sangrienta. Dijeron entonces los Santos a **Baradac**: “No tienes por qué temer, porque todo esto es pura mentira; mañana a hora de tercia vendrán embajadores de los indios a pedirte paz y ponerse en tus manos, y harán cuanto quisieres.” Se cumplió puntualmente la predicción de los discípulos de **Cristo**, y **Baradac** quiso matar a los sacerdotes paganos; mas nuestros bienaventurados intercedieron por ellos diciendo: “No hemos venido a este reino a quitar la vida a nadie, sino a darla a muchos.”

Impresionaron grandemente a **Baradac** y al rey tales sucesos, a consecuencia de lo cual recibieron los misioneros del Evangelio entera libertad para predicar y organizar la religión cristiana en Babilonia. Con su predicación, vida ejemplarísima y grandes milagros — entre otros, el de volver mansos como corderos a dos tigres ferocísimos —, obtuvieron innumerables conversiones; el propio rey, toda la corte y **Baradac** recibieron también el bautismo.

Ya organizada la Iglesia en la ciudad de Babilonia, anduvieron predicando por las ciudades principales de Persia, donde, con grandes trabajos y no pocas penalidades y privaciones, ganaron para **Dios** a muchísimas al-